

FINALISTA ESTATAL



VENGANZA ILUSIONISTA

Focos, luces, el telón que comenzaba a subir lentamente y ante mis ojos iban apareciendo las caras de los que me adoraban. El gran mago Lupin, que te hipnotizaba hasta poder hacer contigo lo que quisiera, quién escapaba de los tanques colmados de agua y se deshacía de las cadenas con una ligereza y facilidad innata. Ese era yo, y en la ciudad llamada Londres, durante el reinado de la reina Victoria, hacía estremecer a los lores más difíciles de contentar y reír a los muchachos más inocentes. Pero no eran todo risas y trucos de magia. La competencia existía también por aquel entonces, y por mucho que los alegres payasos del circo te elogiaron con sonrisas de carmín y miradas de arcoiris, querían colmar sus ansias de fama. Podría decir que la experiencia causante de tal rivalidad fue más bien gratificante para mí. Era un teatro grande y uno de los más emblemáticos de la ciudad pues todos querían vivir en sus carnes cómo un hombre podía desaparecer y volver a aparecer al otro lado de la sala.

Esa noche no era el único con un gran número. Los payasos habían preparado una serie de recursos con los que conseguirían dejar sin habla a todos los londinenses.

El tiempo de probar mi gran talento fue espléndido. La reacción del público no pudo ser mejor. Mas por desgracia, el turno de los alegres payasos no fue tan prometedor. Las críticas de los periódicos manifestaron su opinión con comparaciones entre ellos y “el gran mago Lupin”. Los había dejado a la altura del distrito más pobre del East End. Pero yo no reparé en eso. Solo sentía un gran alboroto en mi interior por el éxito de mis ilusiones.

Mi preocupación era la mínima. La gente gritaba mi nombre por la calle, y los niños deseaban saludarme y venían corriendo a abrazarme. Entonces no entendía la gravedad de la situación.

Cuando el telón hubo subido del todo, mi preciosa ayudante, Amelia, hizo una reverencia cogida de mi brazo mientras yo me inclinaba hacia delante. El público aplaudió y algunos nos dedicaban gritos y silbidos de aprobación. Era magnífico. Amelia, tan deslumbrante como siempre, me acercó un sombrero de copa. Empezamos con trucos sencillos: las palomas que aparecen, el pájaro en la jaula, la baraja de cartas...

Ese día era especial, sería la primera vez que exhibíamos el truco de la bala.

Lo habíamos preparado durante meses, nos veíamos capaces. Se trataba de que alguien del público debía dispararme con una pistola cargada, y yo, con mis habilidades coger la bala con la mano. Era una mera ilusión óptica, ya que nunca saldría del arma. Solo me asaltaba una duda. Al ser la primera vez, no estaba seguro de confiarle tanto a un espectador, o si lo mejor sería que lo llevara a cabo Amelia. Sería lo más apropiado para que nadie sufriera daños. Ella sabía lo que hacer.

Me giré y asentí para que supiera lo que tenía en mente. Desapareció detrás de las cortinas y los segundos de la espera fueron eternos. Todos esos espectadores tenían la vista fija en mis movimientos, pero en realidad no era esa la causa de mis nervios. Amelia tardaba en aparecer. Cuando por fin lo hizo, supe que algo había cambiado. Sus gestos delicados y elegantes parecían más bruscos y pesados. Enseguida intenté convencerme de que eran alucinaciones por la tensión. Cogí la pistola que me ofrecía y aclaré a la gente que me observaba que la pistola era un arma de verdad. Había desconfianza, así que se la di a uno de la primera fila para que lo comprobara. La miró con detenimiento y me la pasó de nuevo. La cargué. Era el gran momento. Ahora demostraría mi gran talento como mago, experto en ilusiones y escapismo.

Me puse a un lado del escenario, de perfil a la platea, y señalé a Amelia. Ella subió la mano con la que sujetaba el arma mortal hasta la altura de mi pecho.

De repente un nerviosismo incontrolable se apoderó de mí, pero intenté disimularlo y mantenerme firme y seguro. "Solo es la tensión" me dije. Parpadeé varias veces y me quité el sudor de la frente. Todo mi cuerpo temblaba y no paraban de venirme imágenes a la mente de la bala atravesándome el corazón o partiéndome el cráneo.

La bala que sostenía en mi mano estaba pegajosa, el corazón estaba desbocado y parecía que quería salir del pecho y romperme las costillas.

Miré a Amelia a los ojos, estaba sonriendo, pero no era su sonrisa afable y carismática que me consolaba cuando mis ideas fracasaban, sus labios eran una fina línea de perversidad.

No tuve tiempo de reaccionar, disparó. Sus dedos apretaron el gatillo, y la bala se clavó en mi vientre. Solté un grito infernal, el dolor era insoportable e inmenso. Recuerdo que me desvanecí mientras una voz decía:

-Vigila al payaso chiflado, fue el responsable del error.

Seguido por muchas risas que desaparecían en un vacío sin fondo.

Abrí los ojos somnolientos y mi primera visión fue el tirador de Amelia. Estaba en casa, en mi habitación, con una venda envolviendo mi torso y la sensación de que un martillo golpeaba mis sienes. ¿Cuánto había pasado desde el accidente? ¿Había sido un error? ¿Amelia lo había preparado todo? ¿Había querido dispararme?

Solo recordaba su sonrisa, cómo me había producido escalofríos y me había hecho sentir inquieto.

Recuerdos borrosos empezaron a proyectarse en mi mente como una película muda. Estaba yo, en el escenario, con Amelia, preparando el truco, el mismo.

Pero esta vez, tras dispararme, su cara se deformaba. Con las manos, se arrancaba trozos de piel, deshaciéndome de ese rostro tan dulce y risueño, y de un pelo brillante, suave y sedoso. Luego vi esa sonrisa, la de la noche del desastre.

De repente, lo entendí todo. No había sido Amelia. Uno de esos payasos que tanto me odiaba había intentado acabar conmigo. Esa frase, la última que escuché, lo revelaba todo.

Ahora Amelia estaba sentada frente al espejo. Podía ver claramente su reflejo. Dulce, tierno, inocente. Al verme a mí, ya consciente, se le iluminaron los ojos en un gesto de alegría. Yo también era feliz. Los dos habíamos sobrevivido a la catastrófica ilusión.